

San José, Costa Rica, 15 de Abril de 1894

---

# Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 3

---

## CONTENIDO

I, Cuentos escogidos, por E. Gómez Carrillo—II, Tu musa—III, Nocturno—IV, Un desesperado—V, En la floresta—VI, Crónica—VII, Notas.

Tip. Nacional.



## Cuentos escogidos de autores franceses, por Enrique Gómez Carrillo.

\* \* \*

Si yo fuera juez de atentados literarios, absolvería de buena gana á los aprendices que derrochan sus pesetas (ó las de sus papás) en dar á la estampa sus vagidos en tomos elegantemente impresos; porque al fin ese dinero es suyo, y bien pueden gastárselo en proporcionarse el deleite de verse en letras de molde, diversión inofensiva como cualquiera otra de las que hoy estilan los muchachos. Los que no hallarían compasión en mi fallo serían los sacrílegos que, á pretexto de darnos á conocer las literaturas de otros países, ponen en caricatura las obras maestras y en berlina á sus respetables autores. A los segundos pertenece el señor Gómez Carrillo, reo nada menos que de veintiséis asesinatos perpetrados en las personas de otros tantos cuentistas franceses. ¿Pone alguno en tela de juicio mi acusación? Pues arriéguese á dejar en casa de Lines los dos pesos y medio que vale, mejor dicho, que cuesta el libro, y se convencerá que no calumnio á nadie.

\* \* \*

En el primer párrafo del *Prefacio* dice de su libro el señor Gómez:

“En él están encerrados, como joyas en *estuche de nácar*, los mejores cuentos de la Francia contemporánea.”

¡Estuche de nácar el libro de usted! No, señor:

ni su libro de usted es estuche (como no sea de barbero), ni los cuentos en él encerrados ¡pobrecillos! son los mejores de la Francia contemporánea. Para demostrarlo podría citarle á usted media docena de cuentistas más ilustres que muchos de los de su colección; pero me basta con recordarle que en otro párrafo del *Prefacio* cita usted á Daudet, Maupassant y Mendes como los maestros del cuento ultrapirenaico, y sin embargo los dos últimos no están encerrados en el famoso estuche. ¡De buena escaparon!

\* \* \*

Tentaciones me dan de cazar algunos de los magníficos gazapos que se esconden en los matorrales del prefacio del señor Carrillo; pero esto me distraería de mi objeto, que no es otro que el de probar que don Enrique es reo de asesinato alevoso y premeditado.

Tengo por casualidad en mi biblioteca casi todos los originales franceses de los maltrechos cuentos, y merced á esta circunstancia he podido obtener las pruebas del crimen. De propósito he elegido el cuento de Aureliano Scholl.—*Moab*—por ser uno de los menos mal traducidos.

\* \* \*

Dice el traductor: "Once ventanas desiguales en cuyos vidrios había *monstruos furiosos é inocentes*." Esos monstruos furiosos sólo existen en la imaginación del señor Gómez Carrillo. Lo que el autor dice es todo lo contrario: "*De naïves peintures grimacaient aux carreaux*."

El traductor: "Salomón Meymar y Pérez y Bayo, el segundo, parecía una colección de bolas." (La primera y está de más, pues se trata de un solo individuo). El autor emplea una imagen muy pintoresca: "*Semblait formé de boules superposées*"; pero don Enrique, perseguido por la manía de las colecciones, creyó conveniente emplear la palabreja.

“Isaac Chimenes”. . . . Pero, don Enrique ¿no sabe usted que Chimenes es en castellano Jiménez, como Peres es Pérez, según escribió usted mismo más arriba?

De ese señor *Chimenes* dice el autor que era muy narigudo y tan delgado que para verlo era menester que se pusiese de perfil.

Don Enrique lo traduce así: “cuando quería que no le tomasen por una caña de pescar, se ponía de lado;” cuando precisamente así de lado debía de asemejarse á una caña de pescar.

“Ella (Débora) *entregaba*, sonriente, su frente de marfil al viejo López.” En una bandeja ¿verdad?

“La hija del mercader *estaba* infernalmente bella.” Parece increíble que el señor Gómez Carrillo ignore todavía—y eso que vive en París—que *était* se puede traducir por *era* ó *estaba*, según los casos, y que en el presente tiene la primera significación, como se desprende del resto de la frase.

“El marco de la puerta,—dorado y abarquillado como el lomo de un libro—fué empujado por una mano flaca.”

“La portière. . . fut soulevée” dice el autor, esto es, literalmente *la cortina fué levantada*. Y no podía ser de otro modo; porque ¿á quién que no sea el señor Gómez se le ocurre empujar el marco para abrir la puerta?

“Una vez la unión consagrada en la sinagoga, todo el mundo comenzó á bailar.” Excusado es decir que ese baile es invención de don Enrique, así como el asegurar que “nadie estaba triste, nadie se aburría” cosa que el autor no dijo por la sencilla razón de que en la boda se encontraban dos pretendientes de la novia, desdeñados por ella, á quienes de fijo no les hacía mucha gracia la fiesta.

“Luego. . . las ricas lámparas apagaron sus luces.” “*Puis les lumières s'éteignirent une á une.*” La traducción literal habría resultado más castellano; ¡quién lo diría! que la libre. ¡Las lámparas apagaron sus luces! ¿Lamparitas automáticas, eh? Termina-

do el festín ¡fué! un soplo de los tubos, y á dormir. ¡Lástima que se halla perdido la invención!

“El que hubiese encendido un fósforo. . . .” Esta no es invención, sino una calumnia levantada al pobre Scholl; no, él no mentó los fósforos, pues bajo el epigrafe de su cuento escribió 1660 para indicar que la acción pasa en ese año, y por aquel tiempo no había, que yo sepa, fábricas de *allumettes*.

Tampoco dice el escritor francés que el cuerpo del judío produjo al caer un ruido *seco* y *ligero*. Seco pudiera ser; pero *ligero* se aplicaría con más propiedad al que juzga que traducir es soplar y hacer botellas.



Para muestra basta un botón. No tengo, pues, necesidad de agregar que el señor Gómez Carrillo traduce *s'emparer*, apoderarse, por *ampararse*; que dice *muralla* en lugar de *pared*, etc., etc.; ni quiero hablar de sus notas biográficas, materia suficiente para dos ó tres artículos; solamente, para terminar, le daré á don Enrique un consejo, como mayor en edad, aunque no en saber ni gobierno.

Me han contado que es usted muy joven, amigo mío; que tiene buenas disposiciones y ambición de renombre. Si esto es así ¿por qué no emplea los años juveniles en estudiar con más detenimiento nuestra lengua y la francesa, en leer de continuo buenos modelos y en adquirir el caudal de conocimientos indispensables á los que á las letras se dedican?

No se apresure usted: tiempo sobrado le queda para conquistar laureles, sin necesidad de publicar marrachos—perdone mi franqueza—como el que motiva estas líneas.

AMER.

Costa Rica, Abril de 1894.



## TU MUSA.

A Julián del Casal.

---

La frente pura y celestial ornada  
con el ciprés que túmulos decora,  
por en medio de turba que te llora  
va tu joven y triste desposada.

Obscura por el llanto la mirada,  
en un tiempo trasunto de la aurora,  
lleva con fe de mártir salvadora  
en la mano tu lira levantada.

No te ama y sirve con amor oculto,  
pues es por noble y seductor ejemplo  
divina pregonera de tu gloria:

Vestal enamorada de su culto,  
en el del Arte incommovible templo  
alimenta una llama—tu memoria !

JUSTO A. FACIO.





## NOCTURNO 7

---

**A**LTO, un tanto delgado, tez pálida, nariz aguileña, ojos negros, vivos y de mirar malicioso, frente estrecha, muestra evidente de pocas ó ningunas dotes intelectuales, todo un buen mozo de veintidós años. Tal es Arturito Crickcrack.

Perfumado desde la coronilla hasta la punta de las botas, apesta á violeta y rosa; sus dedos, en uno de los cuales brilla una piedra falsa, no cesan de acariciar los bigotillos, cuidadosamente retorcidos.

Perseguidor incansable de las buenas chicas, con fortuna algunas veces; sabe hacer *caídas de ojos irresistibles*, que le han valido á cientos las conquistas.— Al menos, así lo dice Arturito atusándose el negro bigote y dando á su voz un tono de orgullo pronunciado.

No hay ciudadano á quien Arturito Crickcrack, no deba uno ó más pesos, y lleva en su cartera de piel de Rusia, regalo de un tío que tiene en Gnatemala, en vez de billetes de banco, papeletas de empeño y las cuentas del sastre.

Cuando se pone su *paletot*, cortado por la diestra tijera de Scaglietti, zapatillas de clarol, cuello alto, una corbata amarilla de grandes flores rojas y azules, y empuña airoso su bastón de puño de marfil, que representa una linda cabeza de mujer, se pronuncia más la sonrisa maliciosa, que siempre vaga en sus labios, y contonea con mucho donaire su elegante talle.

Y aquel muñeco de la *big-life* josefina, al pensar

en las nuevas víctimas de su garbo y salero, siente el corazón saltar dentro del pecho.

\* \* \*

Aquel domingo estaba nuestro héroe vestido *comme il faut*. Se notaba en su pálido semblante cierto despecho que en vano quería disimular; fruncía el ceño y se mordía el labio inferior, tirando con fuerza de sus lindos bigotes, aquellos bigotes trastornadores de tantas hembras.

Sin darse cuenta quizás, se perdía entre las oscuras callejuelas de los alrededores de San José, haciendo girar el bastón entre los dedos y con la vista baja; serio y pensativo.

—Estoy fresco! exclamó Arturito encendiendo un cigarrillo y arrojando espesas nubes de humo que subían en caprichosas espirales hasta perderse en el espacio; me ha dicho Adelita que me vaya con la música á otra parte, á boca de jarro y así como suena; por celos con Elisa, la de los ojos azules y el lunarcito en la mejilla izquierda; nada más que por celos ¡maldito sean los celos! Bueno, quiere decir que estoy divertido, calabaceado, yo, Arturito Crick-crack.... Bah! Cuántas otras no se consumen las pobrecitas por una mirada de estos ojos, una frasecita amorosa de esas que yo me sé?.....

—Váyase al diablo Adelita y sus celos!

La verdad es que aquella chica valía un monte del Aguacate, por no decir un Perú. ¡Qué ojos, qué boca, qué cuerpo, qué cintura, qué pie, qué..... ¡Tontería!.... Todo se ha perdido, menos el honor; no, también se ha perdido el pañuelo que le regalé el día de su cumpleaños; doce reales justos me costó. Adelita quiere que le mande sus cosas, bueno, le mandaré el ricito aquél que me dió, hace dos semanas; lo que es la sortija.... al menos que quiera la papeleta de empeño!.....

Arturito calló por un momento y en seguida se puso á cantar en voz baja el "*Caballero de Gracia*"

de la Gran Vía, siguiendo siempre por las desiertas callejuelas.

—“Caballero de gracia me llaman, y efectivamente soy así....” Calle!.... Hoy no he visto á las otras víctimas. Qué diablo! No valen las tres un comino; Elisa....una chica muy tonta, con dientes postizos y colores artificiales; Rosa, parece una codorniz enferma y le huele muy mal la boca; no me gustan las mujeres de malos alientos.... pst! María es la menos fea de las tres, pero no sabe decir más de: ¡qué divertido! ¡ay qué gracia! á todas las tonterías que le digo; muy romántica; claro! como que lee todas las novelas que le vienen á las manos; habla á menudo de *La Mujer Adúltera*, novela de costumbres por....creo que es *Richelieu* ó *Lutero*; me cargan las novelas. En resumen, que todas las mujeres me tienen hasta aquí, hasta la coronilla.... Diablo! y cómo me aprieta este cuello! Ejem! Ejem! Qué noche tan oscura! Hola! Alguien viene....

En efecto, á pocos pasos de Arturito, se oían los suaves y ligeros de una mujer.

¡Conquista segura!—pensó el títere.

La oscuridad era intensa, y Arturito, de pie en el marco de una puerta, vió pasar una mujer sin que pudiera distinguir sus facciones, ocultas por un chal que permitía ver apenas unos ojos brillantes como luceros.

—Esos ojos, pensó Arturito, deben pertenecer al rostro más retrechero que jamás haya visto, y alargando el paso, se propuso dar caza á la cándida ave-cilla, perdida en aquellas soledades oscuras como boca de lobo.

—Tórtola extraviada, dijo Arturito pudiendo apenas mantenerse á una vara de la perseguida, niña seductora; acorta el paso Sirena, ¡urí, Hada de mis amores; plega tus alas “garza que nunca del nido tender osaste el vuelo;” espera!.... aguarda! Niña hermosa, escucha por Dios mis palabras, palabras que brotan de lo más profundo de mi corazón; “el rayo de tu mirada ha encendido la mecha de mis senti-

mientos." (Vamos!—pensaba Arturito, más elocuente no se puede estar; Diablo! y cómo corre esta ave nocturna!)

“¿No es verdad ángel de amor  
Que en esta apartada orilla....”

¡Cáscaras! Qué tropezón me he dado.... y cómo me escuece el dedo gordo!.... Y todo por ti, ingrata ¿quieres acaso que me arroje á tus plantas á implorar una sonrisa de tus labios rojos? Oh!.... cruel, inhumana! Tu desdén me martiriza como los siete puñales á la Virgen Santísima; no respondes, tirana? No respondes á mis palabras impregnadas del perfume purísimo del amor?

—*Gentleman*, dijo la dama sin volver la cabeza, *I do not speak spanish.*

—Hola!.... Hola!.... Es una extranjerita... magnífico! Soberbio! Adoro á las extranjeras, á las inglesas sobre todo. Detente, hermosa perla de Inglaterra! Oh! *mis.... I.... I love.... you*, en fin, que sólo sé alemán. Por la salud de la Reina Victoria, celestial inglesa “hermosísima paloma, luz, de donde el sol la toma,” no te muestres tan esquiva con este infeliz mortal, víctima inocente de tus negros ojos. Ay! Demonio!.... Otro tropezón.... me he destrozado el dedo chiquito.... Por Belcebú!.... siguen los tropezones y *tu quoque*, como dijo Robespierre en el Vaticano cuando le dieron de puñaladas, *tu quoque!* inglesa, corazón marmóreo, te complaces en verme sufrir?.... ¿Cómo te llamas, rubia hechicera? Dime tu poético nombre para repetirlo mil veces, cándida avecilla.

—*Mi no entiende; mi dejar tranquilo.*

—Jámás! cruel, continuó el lechuguino *never!... never!*... primero me traspasaría el corazón con un espadín; quiero escuchar de tus labios una sola palabra, una palabra de dulce esperanza, por que yo te amo, te idolatro, como Romeo á Julieta. Deteneos! Acortad el paso; las piernas me flaquean, el aliento me falta, extranjerita de mi vida.

Arturito hacía heroicos esfuerzos por no quedarse atrás; empezaba á fastidiarse de ver el poco caso que la esquiva dama hacía de sus majaderías y en tanto que se limpiaba el sudor con su pañuelo pensaba con cierto despecho:

—Diablo!—esta mujer tiene el corazón más duro que un adoquín; casi estoy por levantar el sitio y volver grupas. Parece mentira que estos bigotes.... y estos ojos.... nada! que esta maldita inglesa es inexpugnable.... “La guardia muere, pero no se rinde,” como dijo Napoleón en las Termópilas.

Y el *dandy*, decidido á no retroceder, continuó su interrumpida descarga amorosa:

“Sabed que me llamo Arturo Crickcrack; desciendo de una familia distinguidísima y poseo medio millon de pesos que heredé de un tío, un *Lord de España* nada menos; mi madre que en gloria esté, italiana de nacimiento, bailó en las Tullerías con Bismarck..... el gran poeta; en fin; que siento ya el corazón próximo á estallar y estoy ebrio de amor por ti, inglesita sandunguera.

Arturito, todo corrido; impaciente de ver que los disparates que de su noble boca se desprendían á raudales no producían ningún efecto en la implacable *miss*, quiso poner término á su inútil peregrinación en aquellas tortuosas callejuelas.

Herido en su amor propio; desdeñado, él, Arturito Crickcrack, el más audaz y afortunado de los mortales, el de los bigotes retorcidos y las miradas mortales, era para abrirse en canal con una media luna.

De un salto se colocó al lado de la dama, la asió blandamente por la cintura, la atrajo hacia sí apasionadamente, é iba á estampar un beso en sus mejillas. cuando.... ¡flas! recibió un terrible cofetón en el ojo izquierdo, que lo puso á ver todo el sistema planetario; vaciló su aristocrático cuerpo faltándole el centro de gravedad, cayó cuán largo era en una inmensa charca,

Arturito, el valiente lechuguino, deshilando lodo

por los cuatro costados se levantó diciendo tristemente:

¡Hoy ha sido día de fiesta para mi!.... Bonito me ha dejado esa perra de *inglesa*.

Y la inglesa era una negra con una jeta....superabundante.

San José Costa Rica 1894.

T. Q.





## Un desesperado.

### I.

Este es un pobre bibliómano que casi ha perdido el juicio corriendo tras los libros para amontonarlos en su casa.

Sus libros! ¿Qué le importa todo lo demás? Absolutamente nada. Toda su actividad, todo su amor, su vida toda están reconcentrados en aquellos volúmenes con que ha poblado sus estantes. ¡Con qué deleite pasa y repasa la vista por sus anaqueles en que los libros se estrechan como los soldados de un ejército! ¡Qué delicioso leer las cortas palabras que con doradas y lujosas letras ostentan en la parte superior del lomo y reconocer por ellos de qué género de saber tratan, aunque no siempre corresponda el caudal de ideas y su bondad á lo dorado, bello y espléndido del porte!

Este bibliómano es todo un tipo. Desde luego es necesario reconocer que aquella aglomeración de obras que ha hecho es completamente inútil. Simplemente porque no le sirve á nadie. Cuando compra un libro lo lee, casi siempre á saltos, buscando nada más que la cadena de las ideas principales que forman como la armazón de la obra, y dejando las descripciones; todo adorno de frases hermosas todo lo que es brillante vestidura; después lo coloca al lado de los otros. Entonces la fila se prolonga ¡qué placer verla alargarse! Y no vuelve á leer aquel libro. De la lectura ningún provecho saca, porque cada libro no hace más que aumentar la confusión que reina en aquel caos cerebral.

Su mente es algo como un mercado; todos los seres llegan de fuera; nada hay originario, y todos vagan sin orden ni concierto.

Además es egoísta, jamás presta un libro á nadie. Cuando un extraño toma en las manos uno se apodera de nuestro bibliómano una ansia indecible nunca cree que el libro ha sido abierto con todo cuidado. Se deleita infinitamente contemplando sus volúmenes. Se acerca á sus estantes, abre un libro, se sonríe y lo vuelve á colocar en su lugar al momento; toma otro hace lo mismo, pasa la extremidad de los dedos sobre los lomos de sus libros en fila y goza con la serie de sonidos que produce.

Nunca se deshace de un libro; guarda hasta los más humildes libracos.

El crimen mayor que puede cometer es la venta de uno ¡oh eso es inaudito!; prefiere morir de hambre, á enajenar una de sus obras.

Si se ve comprometido á hacer un regalo éste jamás consistirá en un libro: lo he visto comprar uno con este fin y lo ha colocado junto á los otros; luego le ha sido ya imposible desprenderse de él.

No se divierte en teatros, ni paseos, ni tiene diversión alguna vulgar; como he dicho los libros forman el objeto de todas sus ansias.

Siempre piensa en llenar más estantes. Lo peor es que le quede un anaquel á medio atestar; entonces no para hasta verlo repleto.

A veces saca todos sus libros y los amontona en mesas y sillas; entonces gira la vista en torno de sí y contempla amorosamente sus volúmenes esparcidos por toda la habitación sacude sus estantes y vuelve á colocar sus libros por lo común de manera diferente á como estaban, le gusta dar diversas formas á la línea quebrada que resulta en la parte superior de la fila; hace que sobresalgan unos, interna otros ó los pone formando una curva. En estos juegos pasa hora agradableísimas.

Claro se está que éste bibliómano es un ser pacífico; completamente inofensivo, no se trate de libros

y á todo lo demás permanece indiferente; lo desdeña; pero háblese de libros, ese es su fuerte; al momento lo veréis que se yergue, se le agrandan los ojos, que le brillan extraordinariamente, y habla. Casi todas las obras las ha leído, y da su opinión sobre los autores: ¡Ah! pero sobre autores, la verdad es que los pone en orden de mérito por la pasta del ejemplar que de sus obras posee; el escritor cuyo libro él lo tiene con cantos más dorados es el mejor.

Si queréis complacerlo tenéis dos maneras. Regaladle un libro cualquiera, ojalá con buena pasta, que lleve dibujos y ringorranos dorados en sus tapas. O bien visitad su biblioteca y hacedle el elogio de ella, pero sin tocar libro alguno y sobre todo sin pedirle una sola obra para leer vosotros. De este modo todo lo tenéis con éste bibliómano. Todo menos los volúmenes de sus estantes.

No os he querido hablar de sus relaciones con las librerías porque ya comprenderéis que no puede pasar frente á una sin entrar y estarse su media horita cuando menos en deliciosa revista.

Es un desesperado. Ya lo veréis.

## II.

En cierta ocasión me encontré de repente con él á tiempo que salía de una librería con un gran paquete que llevaba sostenido por el brazo derecho. Apenas me vió y tuvo para mí una complaciente sonrisa.

—Chico me dijo, he comprado á Galdós, ya ábes, al eminente Galdós. He hecho una gran adquisición. Y me abrazó con el izquierdo y la mano del brazo derecho.

—Pues hombre, te felicito. Estás verdaderamente de plácemes.

—Ya lo creo, vas á ver, Galdós ilustrado, una maravilla.

En esto ya caminábamos; se detuvo y me hizo detenerme y sin más ni más comenzó á soltar la marra del cordoncillo con que le habían liado el paquete.

—Ya verás, repetía.

“*Yo que en peligro me vi*” le dije que no desliara aquello allí en la calle con gran molestia de los transeuntes pues ocupábamos la acera.

—Nada, nada, vas á ver mi compra. Y proseguía en su operación.

—Pasaré á tu casa á ver esa maravilla, pero necesito irme, son las once pasadas y tengo que llegar pronto á la oficina.

—Espera, hombre, espera, si ya estoy soltando este nudo. vas á ver, es cosa soberbia. Figúrate que desde hace quince días estaba en ascuas por comprarlo. Y sábes lo que hice? Pues vendí la cartera de piel de Rusia que me regaló mi tío, por siete pesos y vendí los gemelos de mi papá, por nueve pesos, de modo que he pagado diez y seis pesos y quedo debiendo catorce mira si es barato!

—Baratísimo, hombre, pero siento dejarte, otro día lo veré, adiós.

Y me alejé un tanto.

—No, hombre, espera, espera, ya sabes, es del eminente Galdós.

—Sí del eminente, ya sé.

—Pues aguarda, no te vayas.

*Yo tomé un trote que parecía carrera* y sin volver á mirar hacia atrás me marché.

Pensaba después en el trabajo que le había costado su eminente Galdós ilustrado. ¡Cuántas privaciones! Porque él es pobre; tiene un exíguo sueldo de empleado público que á duras penas puede bastarle para sus necesidades naturales más imperiosas. Y esta es, en verdad, la prosa de su vida. Tener que escribir notas, y expedientes, y listas, y hacer giros (cheques) en los últimos días de cada mes. Siempre está clamando contra tal suerte. El quisiera no entender más que de sus libros.

Y luego, cincuenta pesos de remuneración que se van casi todos en un abono al sastre otro al zapatero, el pago de lavado de ropa, y no le queda casi nada, cuando más quince pesos para comprar libros.

Un día desapareció de su casa un buen álbum de retratos; lo estraño es que los retratos estaban allí, amontonados en una mesa y el album no se pudo encontrar. La familia no comprendía aquello. Si alguien se había introducido y se había alzado con el álbum, porqué dejar los retratos allí exponiéndose á ser pillado mientras los sacaba? Nada, que no se comprendía.

Andando el tiempo se vino á saber que el bibliómano había vendido el album que quedó convertido en media docena de volúmenes que alargaron la fila de sus libros.

Tiene una buena cualidad y es que no pide dinero prestado para satisfacer su manía. El mes que no le queda nada para comprar libros (muy á menudo) vende cualquier objeto de su casa y así sale del apuro.

Voy á contaros para concluir, el último rasgo que de él conozco.

Llegó hace pocos días á casa á buscarme. Lo recibí y le pregunté el objeto de su visita.

—Sé que tienes unas tablas de logaritmos y unos libros de agrimensura que no necesitas. Te los compro, ¿Cuánto quíeres por ellos?

—Pere ¿entiéndes tú de Matemáticas ó has decidido dedicarte á ellas y hacerte agrimensor ó ingeniero?

—Ni lo uno, ni lo otro; pero me gustaría tener esos libros.

—Pero ¿de qué te servirán, hombre de Dios?

—En una palabra, ¿me los vendes ó nó? Si, hombre, véndemelos, á tí no te sirven.

—Y á tí?

—De mucho, no sabes, es que.....

—Es que, en siendo libre el objeto, aunque esté escrito en chino lo compras. Vaya, te los regalo.

Y le dí cuatro apollados libros de matemáticas encontré además, un libro de oraciones, en francés, que no sé cómo fué á parar á mi casa.

No os puedo pintar la alegría de mi amigo por tal regalo. Despidióse de mí como unas pascuas de

contento, emocionado. Me hizo unas cuantas reverencias y salió estrechando fuertemente sus libros.

Yo lo miré alejarse y entonces fué cuando me entró deseos de escribir un articulejo acerca de él para presentárselo y rogaros que cuando tropecéis con él no le tengáis por loco ó por idiota sino por un pobre hombre que no tiene más defecto que su amor á los libros, sean cuales fueren, hasta llegar al extremo de la desesperación por adquirirlos.

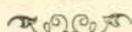
NAPOLEÓN QUESADA.





## En la floresta

AL DISTINGUIDO POETA DON JUSTO A. FACIO.



### I

DE tupidas clemátides coquetas  
con jazmines en plácido connubio,  
como de copos blancos un diluvio  
cobija el verde zarzo de mosquetas.

En su redor las cándidas violetas  
vertiendo están su virginal efluvio,  
y entre chiritas de penacho rubio  
las orquídeas adornan las glorietas.

Allí está el aire de perfumes lleno  
y saturado de inmortal frescura,  
todo es allí letífico y sereno.

¡Si alcanzase, abrazado á una hermosura,  
hollar del zarzo el aromoso seno,  
sería mi santuario de ternura!

### II

¡Cuán bella asomas en la azul colina  
presta á tender los argentados trajes  
sobre aquellos magníficos paisajes  
que tu luz melancólica ilumina!

¡Cómo tu cabellera diamantina,  
cual formada de espléndidos encajes,  
vierte sobre los pálidos follajes  
lentamente una lluvia cristalina!

Rodando como perla majestuosa  
hacia el fondo turquí del hondo espacio  
semejaba una lágrima amorosa.

¡Ay! si á la luz de tu reflejo lacio  
errase en este bosque con mi hermosa,  
¿no harías de él mi florestal palacio?

## III

De ondas esplendentes y opalinas  
el puro sol, como radiante gema,  
ponía al cielo su imperial diadema  
en las últimas horas vespertinas.

Cual cascada de risas argentinas  
rompió del bosque la quietud suprema,  
y ví vestidas de amarillo crema  
dos jóvenes hermosas y divinas.

Al verlas abrazadas y tan solas  
despacio andar por el sendero estrecho,  
sentí en mi rostro del rubor las olas.  
Miráronme al pasar junto á mi pecho  
coloradas también como gladiolas. . . .  
y está aquí dentro el corazón deshecho.

## IV

Ostentaba en los bosques el rocío  
trocatintes cambiantes y diversos,  
bulliciosos los pájaros, sus versos  
modulaban en tierno murmurío.

Amaneció; y hacia aquel zarzo umbrío  
marchaba, por entre árboles dispersos,  
la joven de ojos vívidos y tersos,  
de talle esbelto y caminar tardío.

Era su traje de color de gualda  
con franja azul y matizadas blondas  
que temblaban vistosas en la falda.

Su cabellera en espirales blondas  
caía humedecida por su espalda,  
ó de su seno en las turgentes ondas.

## V

Si, son tan rubios sus cabellos finos  
como las hebras del elote en cierna,  
y ocultos hay en su mirada tierna  
reflejos y fulgores diamantinos.

Sarta es su voz de melodiosos trinos,  
con el banano su esbeltez alterna,  
y hay en su firme y escultórea pierna  
el lustre y el matiz alabastrinos.

Mas ni sus dientes, nítidos maíces,  
ni de su dulce aliento los aromas,  
es lo que deja mis sentidos presos.

Lo que sí, son los pálidos matices  
que entre sus pechos, como dos palomas,  
embellecen el nido de mis besos.

## VI

La luna llena cual dorado globo,  
iba ascendiendo en el azul tranquilo,  
el céfiro con lánguido rehilo  
mecía en el jardín el alto pobo.

Tendido en las retamas de un escobo  
pocos momentos la esperé intranquilo,  
y al mirarla llegar mi refocilo  
tornóse al punto en indecible arrobo.

Me dió la mano temblorosa y fría  
por la emoción de su sin par cariño,  
yo la besé inundado de alegría.

Y de mi alma como de un escriño,  
sólo brotó el joyel que contenía:  
un "te amo" en una lágrima de niño.

## VII

La barbacoa de colgantes flores,  
inundada de mágicos aromas,  
semejábase á un nido de palomas  
en espera de mimos y de amores.

Juntos los dos gustando los olores  
de las vecinas, perfumadas pomas,  
mirábamos cual gotas policromas  
puro rocío destilar fulgores.

Luego en el cáliz de un clavel fragante  
fuí recogiendo las rodantes perlas  
ya transformadas en licor temblante.

Y desleídas me acerqué á ofrecerlas  
á mi gentil y enamorada amante,  
que, pudorosa, me sonrió al beberlas.

## VIII

Llega la hora y murmurar ya siento  
entre las rosas del jardín la brisa,  
que revolando ha de llevar sumisa  
los ecos armoniosos de su acento.

De la pompa que cubre nuestro asiento  
la yedra balancéase indecisa  
y aparece en sus brechas la sonrisa  
que la arrebató voluptuoso el viento.

Allá entre los macizos de heliotropos,  
se ven subir por su rosado traje,  
manchas de luz cual rubicundos copos.

Ya viene: y tiembla como yo el paisaje  
coronado de rígidos hisopos,  
al verla entrar, cual hada, en mi paraje.

## IX

Bebí en la copa de sus labios rojos  
su tibio aliento lleno de delicias,  
también besé al brindarla miscaricias  
las róseas conchas de sus garzos ojos.

Cubrí mi faz con los cabellos flojos....  
y en medio de mis dulces impudicias  
he mirado del tedio las primicias  
trocar mis ilusiones en despojos.

Sentí desdén por su vulgar belleza,

por sus formas de lánguida hermosura  
y sus caricias de mujer ardiente.

Luego, al ver en sus ojos la tristeza  
que revelaba la de una alma pura,  
surgió el amor y la besé en la frente.

## X

De los ramajes del verjel agreste  
en briznas descendiendo la frescura,  
envolvía su plástica hermosura  
con aromosa, rozagante veste.

Y la nacárea bóveda celeste  
vista á través de desigual verdura,  
teñíase de rosa en su tersura  
con colores de fuego hacia el Oeste.

Después la luna al ascender brillante  
desnuda sorprendió á la noche regia  
en los brazos del sueño delirante.

Y unido yo con mi beldad egregia,  
oía de su boca palpitante  
las dulces frases que el amor arpegia.

## XI

La parda niebla sus movibles brazos  
alarga de una copa á la otra copa,  
y al cruzar por los árboles que arropa,  
vaporosa les brinda sus abrazos.

Destila de sus lóbregos regazos  
lluvia sutil de recalada copa,  
que alumbra de repente rubia tropa  
de rayos ponentinos en pedazos.

Por las mejillas de marfil airosa  
al mirarme partir descende aprisa  
de su llanto la lluvia pudorosa.

Pero al venir á mí, tierna é indecisa,  
rayo es de luz en tarde nebulosa,  
en medio de su llanto una sonrisa.

## XII

No puedo ver el cristalino cielo  
sumergido en la luz de la mañana,  
sin recordar la diosa soberana  
que triste llora en mi lejano suelo.

Los bosques visten para mí de duelo  
y hay un suspiro en cada flor temprana,  
rudo pesar mis lágrimas desgrana  
dando á mis ojos de cristal un velo.

Aun la miro impidiendo mi partida,  
aun del besarme por la vez postrera  
siento en mis labios el calor de vida.

Partí; pero al igual de una bandera  
que contra el viento se la lleva erguida,  
vuela mi alma hacia aquel sér que espera.

ROBERTO BRENES MESÉN





## Crónica

---

*Vuelta al hogar—Bodas de oro—Quintos de la Muerte*

### I

EL martes 3 del mes en curso, y á bordo del repúblico Licenciado don Ascensión Esquivel, á quien tan justamente rinden fervoroso culto todos los hombres de buena voluntad. Con ansia verdadera esperaba al distinguido compatriota, aunque nos apenaba sobremanera la idea de recibirlo á él solo, sin la virtuosa dama que conllevó su existencia durante largos años. Á no haber mediado entre el señor Esquivel y su apreciable compañera la triste separación eterna, el regreso de ese ilustre viajero habría determinado positivamente un día de inmenso regocijo para el país; pero desgraciadamente el señor Esquivel volvía dejando en la isla de Cuba sepultado su corazón. Por tal motivo, la alegría que inspiraba la venida de tan preclaro ciudadano, estaba profundamente velada por el pesar de su infortunio.

En la ciudad del Atlántico los numerosos amigos del señor Esquivel lo acogieron con la cordialidad y obsequio que el huésped merece y aquellos excelentes costeños gastan con la realidad social.

El miércoles siguiente, en tren expreso, y á las 9½ de la mañana, muchísimas personas, de las

más adictas á la del señor Esquivel, y cuantas pudieron caber, materialmente, en los vagones, partieron de esta capital á encontrarlo en Turrialba, lugar á que él llegó, tras breve espera de los que iban, entre once y once y media antemeridianas. Fué entonces de ver allí cómo, al calor de las demostraciones afectuosas de sus amigos, el señor Esquivel pasó del estado febril del sufrimiento á la dulce anestesia de la gratitud.

La entrada del señor Esquivel á esta ciudad fué una verdadera ovación, un triunfo de la simpatía que une á los costarricenses con el primer jefe del partido liberal. Á pesar de que la llegada del tren en que vino se adelantó buen trecho á la hora en que se esperaba, más de quinientas personas, de lo más selecto, recibieron en la estación del ferrocarril al señor Esquivel, y lo acompañaron, formando en pos de él una hermosa guardia de honor, hasta su casa de habitación.

Celebramos muy de veras el retorno del señor Esquivel. Su talento, sus luces, patriotismo é inflexible honradez son prendas preciosísimas, más que nunca ahora que el Estado surca el proceloso mar de las pasiones políticas. ¡Cuán dichoso sería el país si el señor Esquivel llegase á gobernar el timón de la agitada nave!

## II.

“Bodas de oro” reza el sumario; y de oro fueron, efectivamente, las celebradas el domingo 8, no porque un par de viejos achacosos festejaran cincuenta años de vida conyugal, sino porque de oro tenía que ser el broche que engarzó dos almas tan mutuamente amorosas, la de Melico Argüello, el gallardo caballero, y la de Clemencia Bonilla, la doncella gentil y primorosa.

Á las once y tres cuartos de la mañana llegó á la Iglesia Catedral, donde debía verificarse el matrimonio, el cortejo nupcial: los novios, orgullosos y ra-

diantes de felicidad; los padrinos, que lo fueron doña Julia Álvarez de Rojas, señoritas Julia Argüello, Marcelina y Emilia Bonilla, el Doctor don Antonio Zambrana, don Juan Rojas, el Doctor don Tomás M. Calnek y don Camilo Mora Aguilar, es decir, toda una ilustre generación; luego venían los allegados de los prometidos, y por último los invitados á la fiesta. Aquello era un ejército, pero no al servicio de Marte sino al de Himeneo.

Pasó el desposorio, con su ineludible epístola de San Pablo; las arras, que tanto desean los sacristanes que se escurran de las manos á los contrayentes; el cambio de anillos; las amonestaciones de que "compañera os doy, y no sierva", y todas las demás preciosas bagatelas con que la Santa Madre Iglesia nos regala. . . . . por algunos dinerillos.

Después, á la velación. Bello cuadro ofrecieron entonces al sentido aquellos novios de estudio—parejita de porcelana, más que de humana carne—, arrodillados y sumisos ante el altar que, espetado y magnífico, escuchó sus dulces promesas cariñosas.

El ritual, tan luengo como es, hubo de cumplirse cabalmente, no obstante la protesta del infrascrito, quien, *in mente*, se entiende, apostrofaba el cura: "Padre, suelte usted pronto á esos pobres pajaritos, que bien seguro estoy de que no necesitan grandemente de sus bendiciones: hace ya mucho tiempo puso el visto bueno á esa simpática unión el rapazuelo alado de las flechas y la aljaba, que puede mucho más que usted—¿ sabe Ud. ?"

Al fin terminó el ceremonial, y los novios, seguidos de su corte, se dirigieron á casa de los padres de la desposada, quienes recibieron obsequiosamente á la comitiva.—La alegría comenzó entonces á hacer su agosto, instigada por el ambarino licor. Sólo los novios, los príncipes de aquel cuento de hadas, no tomaron parte en ella, pues la desgracia ocurrida hace poco á un amigo suyo muy querido, tuvo necesariamente que retraerlos del bullicio. Se alejaron, así, del centro del regocijo, yéndose al suspirado nido, tan

luego como los acordes del piano recordaron á la juventud que tenía alas en los pies, como Mercurio.

Huelga expresar que el baile estuvo animadísimo y encantadoras las dríades de aquel bosque delicioso. No puntualizamos bellezas porque no concluiríamos tan pronto; baste decir que las mujeres feas no tuvieron ninguna representación en aquel congreso del placer.

Intencionalmente nos hemos abstenido de entrar en detalles respecto á los jóvenes esposos. Es que, medidas nuestras fuerzas, no resultan bastantes á pintar debidamente el tesoro de infinitas armonías que al alma sugieren esos novios ideales con la magnificencia de su dicha. ¡Desea uno tanto ser ellos! ¡Ser Melico, para poder llamar suya á aquella escultura viviente y perfumada! Pero, decididamente, no nublemos el azul donde brilla ese lucero, con las estrellas de cartón de nuestra prosa.

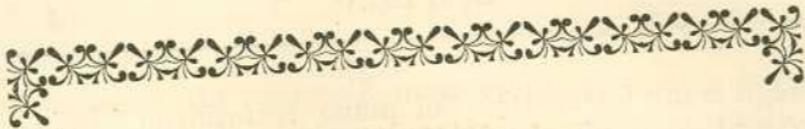
### III

La contribución de sangre que la humanidad tiene que pagar á la muerte, en el presente año ha sido satisfecha con hartura por nuestra sociedad. Ha bajado al sepulcro don JOAQUÍN PABLO VÉLEZ, joven distinguido por su amor á la causa del progreso y sus levantados ideales. Nos duele su desaparición.

También han fallecido don ELÍAS CASTRO JIMÉNEZ y don CARLOS GIRALT. Nuestro sentido pésame enviamos á las familias de todos esos dichosos que han descontado ya su "pena de vida".

San José, 15 de abril de 1894.

EL CRONISTA SUPLENTE.



## NOTAS

---

Es natural la desconfianza en la tarea de fuerzas que empiezan á ponerse en acción. Convencidos de la inferioridad de nuestras producciones, hemos solicitado, para engalanar nuestra revista, *colaboración alta*, si se nos permite la expresión, y nuestros deseos no han sido burlados hasta hoy. Al dar las gracias á todas las personas de quienes hemos publicado trabajos que honran nuestro periódico, sólo les rogamos que no se desdeñen en adelante de seguirnos alentando.



Otro de los propósitos al fundar nuestra modesta revista—y así se puede registrar en su programa,—es el de despertar el entusiasmo por la literatura en nuestros compañeros de la juventud. Ahora tienen en ella campo para ensayar, para luchar y darse á conocer. Publicamos en este número artículos de muchos distinguidos por su talento, que el público,—no lo dudamos,—apreciará con predilección.

*Nocturno* es debido á la pluma genial y al chispeante ingenio de Teodoro Quirós. Cometemos una indiscreción al nombrarlo que de seguro nos será reprendida por su modestia. Entre los esforzados por la literatura, que colaboraron en *El Estudiante*, ninguno de tan dis-

tinguidas aptitudes como Teodoro: firmó con el pseudónimo *Canuto Calasancio*, multitud de cuadritos de costumbres y artículos jocosos que fueron elogiados con justo motivo. Sus inclinaciones al género festivo, que tan admirablemente cultiva Luis Taboada, le hicieron singularizarse entre la *turbamulta* de aficionados al decadentismo que entre nosotros hace furor y que censuraba el discreto redactor de *El Heraldito*. No tiene el estilo de Quirós sino un escollo: la vulgaridad del pensamiento á veces, ó la frase chabacana que se escapa al correr de la pluma; pero en cambio es de admirar la naturalidad que posee y cierta gracia picaresca que le es peculiar.



El señor Brenes Mesén es favorecido por las nueve hermanas. Hay en sus doce sonetos pensamientos delicados, imágenes brillantes; revelan además algún conocimiento de las reglas de versificación, gusta de la dificultad del consonante y de los vocablos raros. emplea á veces comparaciones genuinamente nacionales.

¿ Es una obra perfecta ? Líbrenos Dios de afirmarlo; pero en cambio es una revelación. Hay en él *algo*, se echa de ver una vocación artística y facultades que necesitan de la lima y del estudio, como nos decía en días pasados una persona de atinado criterio. Nuestra predilección entre sus doce composiciones, es por la primera, novena y última, sobre todo por la novena que encierra una idea poética bien explotada. Le recomendaríamos al señor Brenes Mesén arriesgarse menos, pues no debe olvidar que el soneto es el molde más difícil, el último tanteo del versificador.



Debemos la censura de la colección de cuentos del señor Gómez Carrillo á uno de nuestros estimados, maestros verdadera autoridad en materia literaria; y la acogimos con especial placer, pues nos mortifican á la verdad ciertos bombos y ciertas reputaciones adquiridas á costillas del prójimo erudito.



Cumplimos con el deber de rendir expresivas gracias á la prensa de esta capital que ha tenido para nosotros palabras benévolas, que nos animan y entusiasman en nuestra empresa.

L. R.



# CUARTILLAS

**Revista quincenal**

---

## CONDICIONES DE VENTA

---

Trimestre.....	\$ 2-00
Número suelto.....	0-50

*Pago adelantado*

---

**Administrador,**

**ANTONIO FONT**

6<sup>a</sup> Avenida E., N<sup>o</sup> 39

San José, C. R.